



Sobre las causas de la crisis

Por Ricardo Crespo

Hablar de causas reales de cualquier hecho y más aún de un fenómeno social son palabras mayores. Por eso me sorprende lo simplista de los análisis habituales sobre la actual crisis financiera y económica global.

Yo diría que se deben contemplar al menos 4 niveles de análisis progresivamente más profundos pero, a su vez, complementarios:

1. nivel técnico: la mayoría de las opiniones se concentran en este campo, que es bien real, pero el más superficial. Una serie de técnicas de evaluación financiera, contable, sistemas de retribución, fijación de tasas de interés, etc. facilitan la evolución de la crisis y dificultan su detección. Los agentes, cual caballos con anteojeras, avanzan casi inexorablemente hacia el precipicio, sin una responsabilidad clara de la mayoría de ellos. Son como círculos viciosos crecientes que nadie crea: parafraseando a Hayek, se tratan de “desórdenes espontáneos”.

2. nivel psicológico: se hacen muchas referencias al clima optimista de las euforias y los comportamientos de manada y pánicos frente al riesgo que exageran los movimientos conducentes a la crisis. De esto sabía mucho Keynes para quien la crisis no hubiera sido ninguna novedad.

3. nivel moral: Se habla del fraude, del cortoplacismo, de la codicia. Sarkozy tiene (no sé con qué autoridad) un discurso moralista acerca de la crisis. Y lleva razón. Pero yo agregaría algo que nadie dice y que un amigo opina que molestaría a muchos: en esta crisis hay mucho de mediocridad, de trabajo mal hecho. Muchos se han dado cuenta de que algo no estaba del todo bien, pero no han querido pararse a reflexionar acerca de ello (los ganó la pereza, o la complicidad con intereses egoístas o pragmáticos). Influidos por su frivolidad que es superficialidad.

4. nivel filosófico o metafísico: esta crisis pone de manifiesto la futilidad de la idolatría de los instrumentos. Me decía ayer una economista que eligió esa carrera porque buscaba exactitud en lo humano. Los alumnos de los Master buscan que les enseñen instrumentos. Ya Platón en el Protágoras planteaba el tema de la ambición de reemplazar el azar incierto por la previsibilidad técnica. Pero esta empresa es parcial y por tanto no es realista. Y más vale estar aproximadamente en lo cierto que exactamente equivocado. El sujeto moderno creó un objeto monstruoso, la técnica. Como en las típicas películas de este género, el monstruo se le fue de las manos. Pensar que la racionalidad técnica (dentro de la que se incluye el mercado) es todo, es fascinante por lo sencillo y práctico, pero es una grave simplificación que se paga cara, como estamos viendo. Lo único analizable sólo técnicamente en lo humano es lo puramente biológico. En el campo humano son más importantes la racionalidad psicológica y la racionalidad moral.

Por todo lo anterior, las reglamentaciones destinadas al control no son la solución: son los refugios de los inescrupulosos. Sólo sirven las reglamentaciones que apuntan a formar

virtudes, caracteres, que es lo que falta. Más eficaz que las reglamentaciones para forjar esas virtudes es la educación, entendida en el sentido griego de la *paideia*, la formación del carácter. Por eso es clave, aunque parezca algo muy lejano, el fortalecimiento de la familia, primera educadora de virtudes. En segundo lugar, aunque también pueda parecer ajeno al problema, se debe desalentar todo lo frívolo y fomentar el aprecio de un alto nivel humano, de finura, que valora la cultura y huye de la grosería.

Me parece muy importante también cambiar radicalmente el modo de formar a los economistas. La economía debe aprenderse en el marco de una escuela de pensamiento social. Antes que las herramientas (modelos, etc.), que deben quedar para un segundo ciclo, los economistas deben aprender Filosofía política, historia, sociología, psicología, antropología, filosofía moral e incluso literatura. De esto se dio cuenta Lionel Robbins, aunque un poco tarde. Sólo así formaremos verdaderos economistas políticos que no harán barbaridades. En efecto, los grandes economistas fueron grandes porque antes fueron humanistas: pensemos en Adam Smith, John Stuart Mill, Carl Menger, Ludwig von Mises, John Maynard Keynes, Friedrich von Hayek, Joseph Schumpeter, Herbert Simon, Albert Hirschman,...

Ojalá aprendamos de la crisis. Pero lo peor de ella, a juzgar por las reacciones de los intelectuales y de los poderosos del mundo, es que no aprenderemos, porque la crisis no es más que una manifestación del estancamiento contemporáneo del pensamiento, del que es muy difícil salir.

Sólo quiero agregar que mi gran amigo Ramón García Llorente, antes de morir, predijo la crisis. Ramón no era economista, sino veterinario. Pero esta cercanía a la realidad y su hábito reflexivo le permitieron preverla.